



Este grabado, hecho por F. Mialhe y publicado en el álbum "Isla de Cuba Pintoresca", nos ofrece un aspecto magnífico de la residencia del Conde de Fernandina a poco de quedar terminada, viéndose frente a la misma, una casa modesta, de madera y techo de tejas, emplazada en el mismo solar donde posteriormente construyera Don Lorenzo Ferrán la magnífica residencia que da hoy alojamiento a la clínica médica de la sociedad mutualista "La Bondad".

## VIEJAS COSTUMBRES CUBANAS

### LA BARRIADA DEL CERRO

#### *La Casa del Conde de Fernandina*

LA primera persona de apellido Herrera que vino a La Habana fué el señor Gonzalo Luis Herrera y Berrio, cuarto Marqués de Villalta que se estableció en esta Capital en los primeros años del siglo XVIII, contrayendo matrimonio en la Catedral de La Habana el día 25 de abril del año 1722 con la señorita María Catalina Chacón y Torres, hija del Capitán José Chacón y Castellón y de la señora Tomasa Torres Bayona, ambos habaneros.

Uno de los hijos de este matrimonio nombrado Miguel Antonio, casó con la señorita Luisa Beltrán de Santa Cruz sobrina del primer Conde de Jaruco, naciendo de este matrimonio Gonzalo de Herrera y Beltrán de Santa Cruz, que fué el primer Conde de Fernandina por Real Despacho de 10 de mayo de 1816, falleciendo en La Ha-

baña el día 2 de mayo de 1818. Su hijo José María Herrera y Herrera, fué el segundo Conde de Fernandina, Grande de España, por Real Despacho de 15 de diciembre de 1819, y estuvo casado con Doña Teresa Garro.

Este noble cubano que falleció en La Habana el 19 de febrero de 1864, fué quien construyó allá por el año 1819, en la Calzada del Cerro número 440 antiguo, una gran residencia que ocupó durante algún tiempo con su familia.

Esta casa, tiene detalles arquitectónicos marcadamente italianos y por sus detalles de composición nos recuerda las grandes villas de Palladio, siendo una de las más bellas residencias del Cerro. Dotada de amplio portal a todo su frente, poseía un gran jardín donde todavía pueden verse alguna estatua de mármol, una artística fuente con agua corriente y diversos bancos de mármol tallados en un solo block, que





#### UNA BELLA ESCULTURA DE RITA LONGA

*EL BUEN PASTOR.* Magnífica escultura tallada en piedra por la exquisita escultora cubana Rita Longa, que ha sido emplazado en los jardines del Seminario del Buen Pastor que se ocnstruye actualmentę en las cercanías del pueblo de Arroyo Arenas a iniciativas del Obispo de la Habana, Monseñor Manuel Arteaga. Este bello monumento fue bendecido el pasado día veinticuatro de febrero por el Cardenal Monseñor Dennis Dagherty, con motivo de su visita a la Habana para bendecir la iglesia de Santa Rita levantada en 5a Avenida y calle 16 en el Reparto Miramar, Marianao.



ponen de manifiesto el esplendor que prevalecía en aquella señorial residencia.

Interiormente, con sus techos y paredes ricamente decorados, sus pisos y escaleras de finos mármoles de Carrara, el baño principal dotado de una gran bañadera de mármol, las puertas de finísima madera con tallas valiosas y la artística balaustrada de hierro fundido, que aun vemos en la terraza de la planta alta, hacían de esta señorial mansión un verdadero palacete.

El salón donde el Conde tuvo instalada su oficina privada, tenía las puertas de madera de palo de rosa, primorosamente tallada, con el piso de madera dura de distintos tonos de color, lo que daba a esa pieza un aspecto de belleza tal, que constituía uno de sus más bellos detalles ornamentales.

En el lujoso comedor, que estaba decorado con un valioso zócalo de caoba, existía en vida del Conde un valioso lavamanos, tallado en un solo block de mármol, que ostentaba en su frente el escudo nobiliario de los Fernandina. El jardín de esta residencia, por su costado izquierdo, llegaba hasta la calle de Consejero Arango y al adquirir el Sr. Lacoste la propiedad del inmueble hizo construir la serie de casas que existen allí en la actualidad.

Frente a la entrada principal de la casa, a ambos lados de la puerta que da entrada al portal, existieron durante muchos años, como motivo de decoración, dos leones tallados en mármol blanco de Carrara, mirando hacia la calle, los que ocupaban un pequeño tramo de la acera destinada al tránsito público.

Frente al Conde de Fernandina, vivía en los últimos años de la dominación española, el señor Manuel González Carvajal, Marqués de Pinar del Río, quien, enamorado de los leones de mármol que guardaban la entrada de la casa del Conde de Fernandina, decidió colocar dos iguales en su casa, disponiendo, al efecto, su construcción. Al serles entregadas las esculturas, dispuso que las situarían en idéntica situación a las que ocupaban las de su vecino, lo que contrarió tan grandemente al señor Herrera, que decidió retirar de ese lugar, los citados leones de mármol, situándolos dentro del jardín de su residencia, en el mismo sitio donde lo vemos actualmente.



Se cuenta que el señor José Garro, padre de

la segunda Condesa de Fernandina, fué protagonista de un hecho de sangre, que conmovió profundamente a los habitantes de esta Capital.

Corría el año 1776. El señor Garro, que tenía la costumbre visitar casi diariamente el ingenio que poseía a la salida de Jesús del Monte, regresaba una tarde de visitar sus posesiones, donde horas antes, en un impulso de violencia, había pegado una bofetada al mayoral de la finca, por una brusca contestación que éste le diera al ser requerido, por dejar incumplida una orden dada por el señor Garro.

El mayoral, ardiendo en venganza le siguió sigilosamente y cuando el carruaje, transitaba por la Calzada de Jesús del Monte, próximo a la iglesia, subió al coche por su parte posterior, y ocultándose con el tapacete, clavó con salvaje fiera un enorme cuchillo en la espalda del señor Garro, que, ajeno a lo que le iba a suceder, despreocupadamente se encontraba reclinado sobre el asiento, cayendo en el acto, desplomado sobre el piso del vehículo y muriendo, casi instantaneamente, sin que el calesero pudiera darse cuenta de lo que acababa de ocurrir.

El coche continuó su marcha, y el mayoral pudo huir sin ser molestado, teniendo la desgracia un morenito joven de colgarse tras el coche, acomodándose sobre uno de sus muelles posteriores. Como la hemorragia que produjo la herida que recibiera el señor Garro, iba dejando una huella de sangre sobre el pavimento, un policía, que lo advirtió, detuvo la marcha del vehículo, procediendo al arresto del despreocupado morenito, que ignorante de lo ocurrido, continuaba sentado sobre uno de los muelles posteriores de la volanta. Descubierta de ese modo el crimen, la policía acusó al infeliz morenito como autor material del hecho, condenándosele por la Audiencia de La Habana a morir en la horca. Y no obstante las protestas de inocencia que hizo en todo momento el acusado, se le ahorcó, días después, frente a las Ursulinas.

Pasado algún tiempo, cuando el recuerdo de este crimen casi se había esfumado de la mente de los habaneros, el mayoral asesino, poco antes de morir, arrepentido acaso de que un inocente pagara en la horca el delito por él cometido, confesó en artículo de muerte su odioso crimen.



Del segundo Conde de Fernandina, podemos



decir que fué un hombre que protegió largamente las ciencias y las artes, muy inteligente en pintura, poseyendo una valiosa colección de cuadros. En cuanto a su esposa la señora Teresa Garro, era una dama muy distinguida por su belleza y por su talento.

Su hijo José María heredero del título, casó con la señorita Serafina Montalvo y Cárdenas, teniendo por hijos a José María, Josefina y Elena.

El Conde de Fernandina poseía una gran fortuna y era propietario de una magnífica finca azucarera de ciento diez caballerías, donde se encontraba emplazado el ingenio *Santa Teresa*, conocido también por *Aguica*, ubicado en el extinguido término de Palmillas, que fué luego agregado al partido judicial de Colón, finca ésta que adquirió el Conde por escritura otorgada el día 14 de abril de 1846 ante el notario Lcdo. Galleti, por la cantidad de \$48,668 7 reales del teniente coronel Don Gabriel de Cárdenas. Poseía además el ingenio *Guarro*, ubicado en las cercanías del pueblo de Bauta.

La casa quinta que ocupaba con su familia en la Calzada del Cerro, poseía un lujoso mobiliario de Boullé, construido por los mejores fabricantes franceses de la época. En la sala de esa residencia, podían admirarse, entre otras obras de arte, un monumental espejo, bruñido con oro de 22 kilates; finísimas porcelanas de Sevres y otras orfebrerías de las mejores marcas y firmas inglesas, francesas y alemanas.

Cuadros al óleo de firmas valiosísimas, entre los que se destacaban una alegoría de Rubens, pintada sobre un plancha de bronce, tres óleos más uno de Lorraine, otro de Murillo y el célebre cuadro de la Perricholi, del pintor peruano Luis Montero. Se veían también en aquella casa, legítimos bronce de China y Japón, pebeteros, jarrones y otros objetos de arte. En porcelanas de China se contaban magníficos ejemplares de la Dinastía de los Kang Hsi (1662-1723) y de la de los Ming de años anteriores.

Poseían los condes legítimos gobelinos y *abussones*, que eran verdaderas preciosidades y distintas alfombras persas y orientales de valores incalculables. La plata que existía en aquella casa, tanto en cubiertos como en objetos de vajilla, podían rivalizar con lo mejor del mundo y sus monumentales bandejas y juegos de the de plata martillada, procedían de las más acreditadas casas

inglesas y francesas, como podían apreciarse en sus contrastes y marcas.

En los corredores y demás salones de la casa, se admiraban una profusión de jarrones artísticos, medallones, espejos, estatuas de mármol representando una de ellas un gran busto de Napoleón y otra una escultura titulada *Eva*; distintos ídolos chinos en cobre y bronce, jarrones de alabastro; un bellissimo escritorio Boullé una bella estatua de mármol de Carrara titulada *La Pescadora*; valiosísimas cómodas toledanas de estilo barroco, con sus visagras y agarraderas de plata; bustos de mármol de Walter Scott, Washington, Homero y Voltaire; un gran jarrón etrusco de porcelana, pagodas de finísimo marfil de China; un monumental reloj de pie, con su caja hecha con maderas preciosas con incrustaciones de oro, construido por una de las principales firmas de relojes de la época, regalo a los Condes, posiblemente, de la esposa de Napoleón, si se tiene en cuenta que el material de que estaba hecho ese valiosísimo mueble y su confección esmerada eran igual, exactamente, a los que existen todavía en el Museo del Louvre, en la Malmaison, etc., construidos en el siglo XVII por la ya citada firma Boullé.

Allí se podían admirar, además, un valioso óleo titulado *El Cristo* del pintor mexicano Páez; una virgen de Murillo; dos pinturas de Goya y otros valiosos lienzos más.

Como consecuencia de desafortunados negocios, de la crisis que sufriera la industria azucarera en la centuria anterior y del derroche de lujo que hicieran los Condes de Fernandina en París, alternando con la más rancia y acaudalada nobleza francesa en la corte de Napoleón, este noble cubano perdió todo su capital en efectivo y también la casa del Cerro con todos sus muebles y demás objetos de arte, el ingenio *Guarro*, después *Lucía* y hoy *Central Habana*, y la casa hotel que era su habitual residencia en París.

La gran quinta del Cerro, llamada por los contemporáneos *La Fundición*, estaba emplazada en 24 solares, según un plano levantado por el agrimensor señor Jorge María Oliva. Clenneverck, notable paisajista belga llevó al lienzo este edificio con sus bellísimos jardines, cuadro que figura hoy en la colección del arquitecto Evelio Govantes.

Por el año 1830, escribe José Manuel de Xime-



no, época en que el Conde formaba su galería de cuadros, contaba La Habana con otras galerías, siendo la más importantes la de Don Juan Bautista de Erro, Consejero de Estado, la del Presbítero don José Ramírez de Arellano, Capellán del Rey y Caballero pensionado de Carlos III y la de don Pedro Jiménez de Haro, editor del "Diario de La Habana". Las aficiones artísticas de Fernandina le llevaron a la presidencia del "Liceo de La Habana", sociedad que celebró las primeras exposiciones anuales de pinturas.

Estas colecciones y otros valiosos objetos de arte que se conservaban en esta casa pasaron a ser propiedad del tercer Conde de Fernandina, cuya cultura, dilatada estancia en Europa y excelentes relaciones en los círculos sociales más distinguidos, diéronle la oportunidad de aumentarlas, pero, mermada su fortuna cuantiosa, por las crisis económicas que sufrió la Isla en la centuria anterior, unos pocos años aventaron el trabajo inteligente de dos generaciones de aficionados a las artes y las letras.

Perdida la labor de casi un siglo, continúa diciendo Ximeno, es difícil hoy llegar a conocer todo lo que los dos Fernandina reunieron. Los inventarios judiciales recogen muchos cuadros sin señalar sus autores, y estatuas, cristales y muebles sin describirlos. En poder de descendientes y allegados quedarán, seguramente, objetos de valor; pero no son fáciles de localizar los que pasaron a manos extrañas. En la biblioteca de la "Sociedad Económica de Amigos del País", hay un óleo de Meltcalf que representa al segundo Conde, y unos pocos libros, entre ellos la colección completa del rarísimo e importante *Censor Universal*. El doctor Francisco Hernández, posee el retrato de la Perricholí, la encantadora amante del Virrey Amat, lienzo de grandes proporciones pintado por el artista peruano Luis Montero; el señor Francisco Bartés que heredó cuanto poseía Don Antonio San Miguel, conserva un magnífico busto en mármol de Miguel de Cervantes Saavedra, modelado en Madrid en el año 1861 por el famoso escultor V. Salvatierra, así como un valiosísimo jarrón de porcelana de Sevres; y los coleccionistas de porcelana guardan, como piezas apreciadísimas, por su valor y rareza, tres platos de las tres vajillas de Fernandina, la del primer Conde con escudo grande en el centro, la del segundo con armas más pequeñas,

al centro también, con corona y manto de duque, atributos de la grandeza de España; y la del tercero con una G. gótica en el borde bajo corona ducal.



Perdida por el Conde, en el año 1894, todas sus propiedades, el señor Lacoste le concedió un plazo de tres años, que vencía el 24 de septiembre de 1897, para que pudiera recuperar el dominio de su casa del Cerro, mediante el pago de la deuda. Y al no poder el Conde satisfacer esa cantidad, pasaron entonces todas sus pertenencias a poder del señor Pedro Lacoste, que era un antiguo y poderoso terrateniente y hacendado de los términos de Gibara, Holguín, Colón y La Habana.

A la muerte de éste, ocurrida en 6 de mayo de 1889, pasaron todas las propiedades a poder de la viuda señora Carolina Laviolette y Dumont, a título de adjudicación, por fallecimiento de su esposo, y al morir ésta, en noviembre de 1904, heredaron todas las propiedades sus hijos Pedro, Ernesto y Amelia y sus nietos Pedro Carlos, María Carolina, Lorenzo, María y Ernestina María Luisa Lacoste y Lacoste, hijos de Lucía Lacoste y Laviolette y de su primo Perfecto Lacoste, primer Alcalde cubano que tuvo La Habana, residiendo ese matrimonio en aquella casa del Cerro durante algunos años.

Posteriormente, esta casa fué adquirida por Don Pedro Fernández de Castro, quien la vivió en compañía de sus hijos Rafael y Amelia Blanco y de sus nietos los hijos de este matrimonio. Al morir Don Pedro, la casa pasó a poder de Rafael, y al fallecer éste, la adquirió por compra la "Asociación Cubana de Beneficencia", que la ocupa en la actualidad.



La Condesa de Fernandina, según un interesante trabajo que sobre la nobleza cubana escribió en el año 1888 el malogrado poeta Julián del Casal, uno de los más inspirados rimadores del Parnaso cubano, pasó la mayor parte de su vida en París, donde adquirió gran celebridad. Se cuentan, según afirma Casal en este trabajo, varias anécdotas sobre la estancia de la Condesa en las grandes capitales europeas. Un día, en Lon-



dres, pagó veinticinco mil pesos por una pareja de caballos, para rivalizar con el Príncipe de Gales. Otra vez, en memorable concierto, obsequió a la estudiantina húngara con mayor suma que el Barón de Rotchilds.

La Condesa se distinguió también por su hermosura. Una noche, al verla entrar en las Tullerías el Emperador Napoleón III, se arrojó a sus pies y le dijo: ¿También le encuentras algo bueno a fulano? A lo que la Condesa rápidamente respondió: *Es tan raro.*

Los Condes de Fernandina, al igual que algún otro noble cubano más, se arruinaron, principalmente, por la vida fastuosa que llevaron en París durante los años resplandecientes del Segundo Imperio, y, después, por la costumbre que entonces prevalecía de dejar en Cuba sus bienes en manos de apoderados, a quienes frecuentemente pedían el envío de dinero, resultando que más de una familia, al regresar a Cuba, encontró al Administrador de sus bienes instalado en su propio palacio.

Hasta abril del año 1890, no regresaron a La Habana los Condes de Fernandina, acompañados en esa ocasión, de sus dos encantadoras hijas, Josefina y Elena. Y al no poder vivir en su palacete del Cerro, que habían perdido en el naufragio de su fortuna, tomaron en arrendamiento otra gran vivienda al final de ese barrio, la casa del señor Melgares, magistrado que fué de la Audiencia de La Habana, que estaba situada en la propia Calzada esquina a la calle de Santa Teresa, casa de hermoso interior y no menos bella apariencia. En ella se encuentra instalada en la actualidad, la "Asociación de Católicas Cubanas".

En aquella gran residencia, celebraron los Condes de Fernandina algunas fiestas de las que disfrutaron las más exclusivas y aristocráticas familias de la época.

Nadie puede evocar aquellos tiempos, sin que surjan las imágenes rientes de las Fernandina: Elena, de hermosura plástica y extremadamente simpática, que poseía un talento muy cultivado, pues cantaba con muy agradable voz, y representaba con mucha gracia. Aun recuerdan los contemporáneos la admirable interpretación que dió al papel principal de la opereta cómica francesa *Mademoiselle Nitouche*, que cantó una noche en el teatro Tacón, en una fiesta de caridad, con un grupo de jóvenes de la aristocracia

cubana. Josefina, la mayor de las dos, era de una belleza única y de un atractivo insuperable. En plena juventud, contrajo matrimonio con el señor Carlos Pulido, primogénito del Marqués de Dávalos, perteneciente a la más rancia nobleza española. Años después, quedó viuda, y en ese estado permaneció durante algún tiempo, hasta que contrajo de nuevo matrimonio con el señor Felipe Romero, hermano del Conde de Casa Romero, no dejando sucesión en sus matrimonios.

Elena, casó en su primo el ayudante de campo del primer Presidente de Cuba Don Tomás Estrada Palma, coronel del Ejército cubano Gabriel de Cárdenas y Achondo y tuvieron un único hijo nombrado Néstor.



Aun recuerda con orgullo la aristocracia habanera, la fiesta suntuosa que en nombre de la nobleza cubana se ofreció por los Condes de Fernandina en la suntuosa morada que ellos ocupaban en Cerro y Santa Teresa, en honor de los Infantes españoles Doña Eulalia de Borbón, hermana del Rey Alfonso XII y su marido el también Infante Don Antonio de Orleans, a su paso por La Habana, en el año 1893, en ocasión en que, representando a la Real Casa de España, cruzaron por esta ciudad, de paso para la Exposición de Chicago, donde se conmemoraba el IV Centenario del Descubrimiento de América.

La fiesta ofrecida, puede afirmarse que ha sido la más suntuosa entre las celebradas en La Habana en todas las épocas. Aquella inolvidable noche, se vió reunida toda la nobleza y todas las bellezas de la época, en la suntuosa residencia de estos nobles cubanos. Los caballeros, como constelaciones luminosas, lucían en el pecho las placas de las órdenes caballerescas, los collares y las bandas honoríficas, y las damas llevaban en el peinado la corona de su título.

Desde las nueve de la noche, un cordón ininterrumpido de carruajes ocupaba toda la Calzada del Cerro, desde la esquina de Tejas. Al llegar a la curva de Palatino, no era posible dar un paso. Así se explica que hasta cerca de las doce de la noche, estuvieron llegando personas invitadas a la fiesta.

A las once, hicieron su entrada en la casa los Infantes españoles, a quienes acompañaban el



Capitán General señor Rodríguez Arias; la Marquesa de Arco Hermoso, Dama de Corte de la Infanta; el Duque de Tamames, de la más rancia nobleza española y del Capitán Pedro Jover, de la Marina de Guerra y Gentil Hombre de Cámara.

La fiesta entonces dió comienzo con el *Rigodón de Honor*, que fué bailado por las siguientes parejas: Doña Eulalia y el Gobernador Rodríguez Arias. Al frente de ellos, la Condesa de Fernandina y Don Antonio de Orleans; Marquesa de Arco Hermoso y Conde de Fernandina; Condesa de Buenavista y Duque de Tamames; Condesa de Macuriges y el Gobernador Regional; Condesa de Romero y Conde de Macuriges; Rita Du-Quesne de del Valle y señor Joaquín G. Estéfani; Marquesa de Santa Coloma y General Arderius y Catalina de Varona y el Cónsul de Francia.

La casa del Conde, aparecía esa inolvidable noche resplandeciente de luces y suntuosamente decorada. En las paredes, podían admirarse un valiosísimo Guido Reni, que representa al Centauro Neso, en el instante de robarse a Dejanira y de recibir el flechazo de Hércules; y dos joyas más, un *Ecce Homo* y una *Dolorosa*, originales de Murilo. Entre las reliquias más preciadas que conservaban los Condes de Fernandina, figuraba un mueble pequeño, casi un juguete, de ébano y marfil, y una copa esmaltada regalada por el Rey Luis Felipe, para el bazar que en el año 1843 organizaron las primeras monjas del Sagrado Corazón que llegaron a Cuba, copa que al ser subastada fué obtenida por el Conde que fué quien mayor precio ofreció. En otra vitrina, estaba el paladeo de oro que la Emperatriz Eugenia, regaló a la madre del Conde al nacer en París la primera de sus hijas nombrada Teresa.<sup>(1)</sup>

Entre los retratos que allí pudo ver la Infanta Eulalia, se contaba uno con la siguiente dedicatoria: *Recuerdo de cariño a la Condesa de Fernandina de su amiga Isabel de Borbón. París 31 de agosto de 1881*, recuerdo éste, que agradó mucho a la Infanta.

Esta suntuosa recepción, al decir de los viejos de aquella época, sólo fué comparable al soberbio baile de trajes ofrecido en el Palacio de la Plaza de Armas de La Habana, en el año 1863, por el

(1) Teresa Herrera y Garro, casó con el señor Juan O'Farrill y Montalvo, que era hermano de *Concha*, la señora de Francisco de los Santos Guzmán y de Mercedes, la Marquesa de Vallellano.

General Serrano y su esposa la cubana *Conchita* Borrel, o el otro magnífico baile que se celebró en honor del Príncipe Alejo de Rusia a bordo del buque de guerra *Gerona*.

Después del *Rigodón de Honor*, la juventud se entregó a los placeres del baile.

Llegado el momento de *buffet*, pasaron los Infantes con su comitiva a un gabinete lujosamente decorado, colocándose en el amplio comedor de la casa 26 mesitas, con capacidad cada una para seis comensales, las que fueron ocupadas por la brillante concurrencia.

La Infanta Eulalia confesó a un grupo íntimo, que la sociedad de La Habana era exquisitamente refinada, y en cuanto a las cubanas, dijo varias veces, que la Condesa señora Serafina Montalvo, *era una reina en el más refinado salón del mundo*. Y cuando en plena fiesta, vió cruzar a la bellísima dama Matilde de León, Condesa de Casa Romero, luciendo una *toilette* de suprema elegancia, dijo llena de emoción, *que no había visto nunca nada igual a la soberana distinción y a la elegancia de aquella dama*. Llevaba esa noche la señora León de Romero, un suntuoso traje de raso, en que el color blanco impecable, se sostenía deslumbrante desde la larga cola, hasta confundirse con el busto. Valiosas plumas de color armiño, reforzaban el tono blanco del traje. De la corona de oro que ceñía graciosamente su cabeza, partían también plumas blancas.

La Infanta Eulalia, dedicó a la Condesa de Romero, un retrato con expresivas frases de admiración, cuyo retrato conserva la hija de la Condesa señora Margarita Romero viuda de Lamas.



La impresión que se llevó de La Habana y de los cubanos, la Infanta Eulalia, la expresó gentilmente en las *Memorias* que diera a la publicidad en el año 1935, diciendo en uno de los capítulos de su interesantísimo libro, lo siguiente que nos honra grandemente:

"La Habana es una ciudad rica, espléndida, galante, hecha al derroche, a la suntuosidad y al lujo, a las elegancias europeas y al señorío criollo. La Habana, nos hizo un recibimiento cálido, afectuoso y simpático, sin severidad formularia, pero lleno de emoción, como son los cubanos. El verano encendía la Isla en un ardor indescriptible.



Los días, con un calor asfixiante, se me hacían interminables, aguardando la noche, en que me extasiaba frente a un cielo magnífico. Mientras el Duque de Tamames, cumplía su misión política, sondeando el espíritu cubano, tratando de alentar esperanzas y de contener lo que estaba ya a punto de estallar, yo me dediqué a visitar asilos, a recorrer hospitales y a sonreír en todas partes a una sociedad exquisita, que se esmeró en agasajarme. La fiesta que en mi honor dieron en su palacio los Condes de Fernandina, me impresionó vivamente, por su elegancia, su distinción y su señorío, todo, bastante más refinado que en la sociedad madrileña de la época. A los Condes de Fernandina, los había yo conocido de niña, pues eran amigos de mi madre y frecuentes invitados al Palacio de Castilla, ya que casi toda su juventud la pasaron en París, en donde gozó fama de bella la condesa. Su casa era el centro de la aristocracia de La Habana, y sus fiestas las más lujosas de aquella sociedad, cortada sobre moldes de París. Su hija Josefina, rubia, de ojos dulcísimos, de una tez admirable, nacarada y finísima, que yo no me explicaba pudiera existir en el clima ardiente de la Isla, era una de las más bellas mujeres con que he tropezado en mis largos viajes por todos los países."

"Había oído siempre ponderar la belleza de las habaneras, su señorío, su elegancia y su dulzura, pero, la realidad superó mucho a lo que me había imaginado. En la capital de Cuba, dejé amigas cuyo recuerdo me ha acompañado toda la vida, especialmente las marquesas de Duquesne, de Casa Montalvo y de Almendares y la Condesa de Peñalver."



En la boda de la señorita Josefina Herrera con el primogénito del Marqués de Dávalos, celebrada a la una de la tarde en la iglesia de la Merced, ocurrió algo extraordinario que no se ha repetido entre nosotros y que fué lo siguiente: Josefina Herrera, fué, indudablemente, una de las más bellas cubanas de todas las épocas. Era una mujer de mediana estatura, de rubia cabellera, de ojos color azul claro, tez blanca y mejillas tan suavemente sonrosadas, que parecían pétalos de rosa. Este admirable conjunto daba a su rostro una expresión de belleza tal, que no era posible verla, sin sentir por ella profunda

admiración. De carácter alegre, suaves maneras y aristocrático porte, era, por todos conceptos, una gran señora, una verdadera belleza y un ejemplar magnífico de la más rancia nobleza cubana.

El día de sus esponsales con el señor Pulido, se congregó frente al templo de la Merced, una multitud de personas de todas las clases sociales, que ansiaban verla con el traje nupcial, pensando, razonablemente, que como es muy difícil encontrar una mujer que no luzca bella vistiendo las galas nupciales, en el caso de la señorita Josefina Herrera, que era bella por todos conceptos, ese traje la haría aparecer como una visión de idealidad. Y así ocurrió, pues al descender ella del vehículo, radiante de felicidad y de belleza, se produjo entre el público que la esperaba, primero una expresión de asombro, y seguidamente, no sabiendo acaso cómo expresarle sus simpatías, la aplaudió durante largo rato. Nunca, que nosotros sepamos, se había producido en Cuba una manifestación de simpatía popular más vehemente y sincera, pues, no era Josefina Herrera la hija de un gobernante a quien hay que halagar, ni tampoco ella, ni ninguno de los suyos, podían razonablemente recompensar esas espontáneas muestras de simpatía.

El destino dispuso la muerte del Marqués de Dávalos a los pocos años de su matrimonio con esta encantadora joven, que quedó viuda en plena juventud. En ese estado permaneció durante algunos años, hasta contraer de nuevo matrimonio con el inolvidable caballero Felipe Romero de León, hermano del Conde de Casa Romero.

Josefina Herrera vivió durante su matrimonio con el señor Romero, en la residencia que éste poseía en la calle del Prado esquina a Trocadero, que es el mismo edificio donde actualmente se encuentran instaladas las oficinas de la Panamerican Airways Co.

Joven relativamente, la señora de Romero, que venía padeciendo de diabetes, sufrió una grave crisis, y, aunque su médico y amigo el Dr. Antonio Díaz Albertini sólo primero y en consulta después con las más destacadas figuras médicas de la época, lucharon denodadamente por salvarle la vida, los recursos de la ciencia tuvieron finalmente que declararse vencidos, falleciendo cristianamente, el día 14 de mayo de 1918, encontrándose rodeada de su amantísimo compañero,



de su hermana muy querida Elena y de todos cuantos ella amó en vida.

Como mujer de gran inteligencia, pudo presentir que la muerte se le acercaba inexorablemente y así lo confesó en varias ocasiones a sus familiares y a su médico de cabecera. Y sin perder aquella entereza de carácter que la hacía una mujer superior, pocos días antes de morir, invitó a almorazar al Dr. Díaz Albertini a quien quería con fraternal cariño, dando desde el lecho donde yacía, las disposiciones convenientes y dictando el *menú* que habían de servir.

Otra tarde, al reaccionar de una grave crisis, estando rodeada de su fiel compañero, de sus más cercanos allegados y de su médico y amigo el Dr. Díaz Albertini, se dirigió a éste y con la mayor naturalidad le dijo: *Antonio, yo sé que voy a morir de esta enfermedad, y como quiero que siempre me recuerdes, voy a dejarte, para que lo conserves siempre en tu poder, el paladeo de oro que la Emperatriz Eugenia regaló a mi abuela al nacer en París mi tía Teresa.*

El Dr. Díaz Albertini, trató de alejar de su mente la idea de la muerte, asegurándole piadosamente, que ella no moriría, pero la enferma insistentemente persistió en su propósito, hasta obligar a su médico a aceptar el valioso obsequio. Tres días después de esta conmovedora escena, Josefina Herrera dejaba de existir...

Los grandes sufrimientos que acompañaron los últimos días de esta encantadora dama, hicieron aún más conmovedora, si esto era posible, su prematura muerte. Rodeada incesantemente por todos sus amigos, velada de continuo por la exquisita delicadeza de su esposo el señor Romero, fué apagándose, con lentitud, aquella alma blanca, cariñosa y sonriente, que cruzó por la vida entre halagos y sonrisas y fué, en todo momento, una mujer que desde el alto sitio que le deparó el destino, socorría largamente y alentaba con nobles palabras de consuelo y de fe, a quienes se acercaban a ella en demanda de ayuda económica.

*Luis Bay Sevilla*

